



EL LADRÓN
ALBERTO BARRIO

Ángel Bonomini

EL LADRÓN

ALBERTO BARRIO

Ángel Bonomini

Alberto Barrio fue ladrón. Tenía nueve años y siempre lo mandaban al almacén de Las Heras y Azcuénaga. Una mañana fue a comprar una latita de azafrán. El almacén estaba desierto. Había olor a lavandina y a garbanzos, a jabón y a queso, un olor mezclado y limpio y, aunque afuera la mañana brillara amarilla de sol, allí parecía la hora de la siesta por las cortinas de lona que cuidaban las sombras y el fresco.

Como en una tarea secreta, don José apilaba con geométrica precisión una torre de tabletas de chocolate Águila. Ante la mirada estupefacta de Barrio levantaba una torre hueca de amarga delicia, edificio que no guardaba otro tesoro que el de sus propios muros.

Al día siguiente volvió al almacén. Había mucha gente y aceptó con gratitud la espera. Primero contempló la torre. Después se acercó a ella. Por último la tocó. Sintió un súbito escalofrío cuando sus dedos, involuntariamente, comprobaron que una tableta estaba suelta. Era fácil sacarla sin que la torre se derrumbara. Lo atendieron, pagó y se fue.

La batalla duró un mes. La fascinación y la ceguera del peligro lo pasearon por el placer y la angustia. A veces, sentía el secreto como una riqueza. A veces, se le resolvía en catástrofe: lo sorprendían robando, lo perseguían, lo apresaban, no volvía a ver a su madre ni a sus hermanos, le ponían un uniforme y lo condenaban a soledad y silencio.



Duración
9'02"

Sucesivas correcciones de su conducta lo convirtieron en presidiario, en beatífico renunciante a la tentación, en gozador exclusivo del chocolate, en dadivoso repartidor de barritas entre sus hermanos. Creyó –con confusión– que pensar el mal era igual que ejercerlo, que la tentación era el pecado mismo. Que después de haberlo pensado, robar o dejar de hacerlo no modificaba su responsabilidad. No desestimó la posibilidad de que adivinaran su proyecto y lo arrestaran. Durante un mes, cada día, vio la pila, se cerció de la presencia de la tableta suelta, leyó en la cobertura la incomprensible aseveración de que el peso neto era de media libra, hizo sus compras y regresó a su casa. No llevársela era casi tan terrible como robarla. Elaboró varios planes: emplear una bolsa; valerse del amplio bolsillo del impermeable; usar una tricota. Visitó febrilmente una serie de horrores: don José lo veía por un espejo cuando ponía el paquete en la bolsa; o se le caía del bolsillo del impermeable; o una mujer lo delataba al verlo cometer el robo. Y así lo cometi6 una y mil veces sin soslayar la delectación del riesgo que lo hacía dar bruscos saltos en la cama mientras robaba y volvía a robar la golosina. Y una y mil veces desechó la horrible idea para recobrar la calma que le permitiera la tregua del sueño.

En el colegio empezó a dibujar torres octogonales que guardaban su secreto. Con delirante fantasía llegó a verse escondido detrás del mostrador durante una noche entera, concretar el robo y no tener después cómo salir del negocio. Para ese momento, denunciada su ausencia, la policía lo buscaba. Hasta que de pronto un vigilante entraba en el almacén y bajo el poderoso foco de la linterna policial era sorprendido con el chocolate en la mano. Y vuelta otra vez la odiada y temida prisión con el uniforme y la soledad.

Una mañana, la madre repitió el encargo: una latita de azafrán El Riojano. La reiteración del hecho, sumada a la fortuita coincidencia de que ese día también había un sol muy pleno, se le manifestó a Barrio al principio como un signo inextricable. Pronto lo interpretó como el fin de su condena: debía robar la tableta.

Pidió el azafrán. No estaban sino el almacenero y él en el local. Barrio se encontraba junto a la pila y pensó fugazmente que almacén debería llamarse el lugar donde se encuentra el alma. El viejo se agachó detrás del mostrador. Barrio tomó la tableta y la largó por la abertura de su camisa. El paquete se deslizó contra su pecho y quedó retenido por el cinturón. En el momento en que el objeto robado

recorría su piel, el almacenero se levantaba. “¿Qué más?”, preguntó el hombre. “Nada más”, respondió el ladrón.

Con las piernas flojas, que no obedecían a su voluntad sino a su costumbre, salió del almacén. Se metió en su casa. Desde la puerta de la calle hasta la de su departamento se alargaba un estrecho y profundo corredor. También por allí lo llevaron de memoria sus piernas. Apenas aceptó la realidad de que el corredor estuviera desierto cuando, antes de meterse en el departamento, se volvió seguro de ver a los mil veces imaginados vigilantes.

Entregó el azafrán a su madre y se encerró en el baño. Primero se lavó las manos y la cara. No quiso mirarse en el espejo por miedo de haber cambiado de rostro. Se sentó en el borde de la bañera y sacó el paquete que se había calentado por el contacto con su cuerpo. Lo abrió cuidadosamente. Primero, la cobertura amarilla que ostentaba la imagen de un águila con las alas desplegadas, después el papel plateado. Pero no había chocolate. Era una tableta de madera. ■

En: *El libro de los casos*, Sudamericana, 1975.

EL LADRÓN

ALBERTO BARRIO

Ángel Bonomini

BREVE RESEÑA PARA EL DOCENTE

Mezcladas con el olor típico de un almacén de barrio se disparan las tiernas luchas infantiles ante la posibilidad de tener algo prohibido, algo que no se puede comprar. Una torre de barras de chocolate genera fascinación en un niño de la década del 50, y una tentación irrefrenable. Terrores, imágenes de la ley, vacilaciones frente al hecho de quedarse o no con el objeto deseado.

PRESENTACIÓN DEL CUENTO A LOS ESTUDIANTES

Un chico va a un almacén del barrio a buscar una latita de azafrán para su madre. Ve una torre de tabletas de chocolate que no puede comprar. Vuelve una y otra vez eclipsado por el deseo. El pánico y la duda entre robarla o no y su decisión final constituirá una experiencia crucial en su vida.

DATOS SOBRE EL AUTOR

Poeta y narrador Ángel Bonomini nació en Buenos Aires en 1927. Trabajó varios años como traductor en la revista *Life* de Estados Unidos y fue crítico de arte del diario *La Nación*.

En la adolescencia fue novio de María Elena Walsh con quien publicó el libro *Argumento del enamorado* y *Baladas del Ángel* (1952) dos obras en una en la que dos enamorados intercambian poemas de amor.

Escribió poesía y cuentos, entre otros títulos: *Primera enunciación* (1947); *Poemas imaginarios* (1962); *Las leyes del júbilo* (1966). *Los novicios de Lerna* (1972), *Libro de los casos* (1975), *Los lentos elefantes de Milán* (1978), *Zodiaco* (1981), *Cuentos de amor* (1981), *Torres para el silencio* (1982), *Historias secretas* (1985) y *De lo oculto y lo manifiesto* (1991); *Mas allá del puente* (editado luego de su muerte, en 1996).

Sus obras fueron traducidas al italiano, inglés y francés e incluidas en el *Dictionary of imaginary places* (EE.UU.), en *Letteratura Hispanoamericana* (Italia, 1982), en *Letteratura fantastica in Argentina* (Roma, Italia), en *Literatura fantástica Argentina Siglo XX* y en *Antología de la Poesía Argentina*.

En 1983, su cuento "Memoria de Punkal" fue seleccionado entre los ocho mejores enviados desde los países de lengua española al Primer Concurso Internacional Juan Rulfo, organizado en París por el Ministerio de Cultura de Francia y la Casa de la Cultura de México. Jorge Luis Borges lo seleccionó, además, como el autor del mejor cuento ("Iniciación del miedo") entre 2700 trabajos presentados a un certamen del género.

Ganó el Premio de la Fundación Lorenzutti (1974), el Segundo Premio Municipal Ciudad de Buenos Aires (1974), el Primer Premio Municipal Ciudad de Buenos Aires (1982-83) y el Primer Premio de Cuento del diario La Nación (1989). Obtuvo la Beca Fulbright en 1977 y el Diploma al mérito literario de la Fundación Konex, en 1984 y en 1994.

Murió en mayo de 1994.

